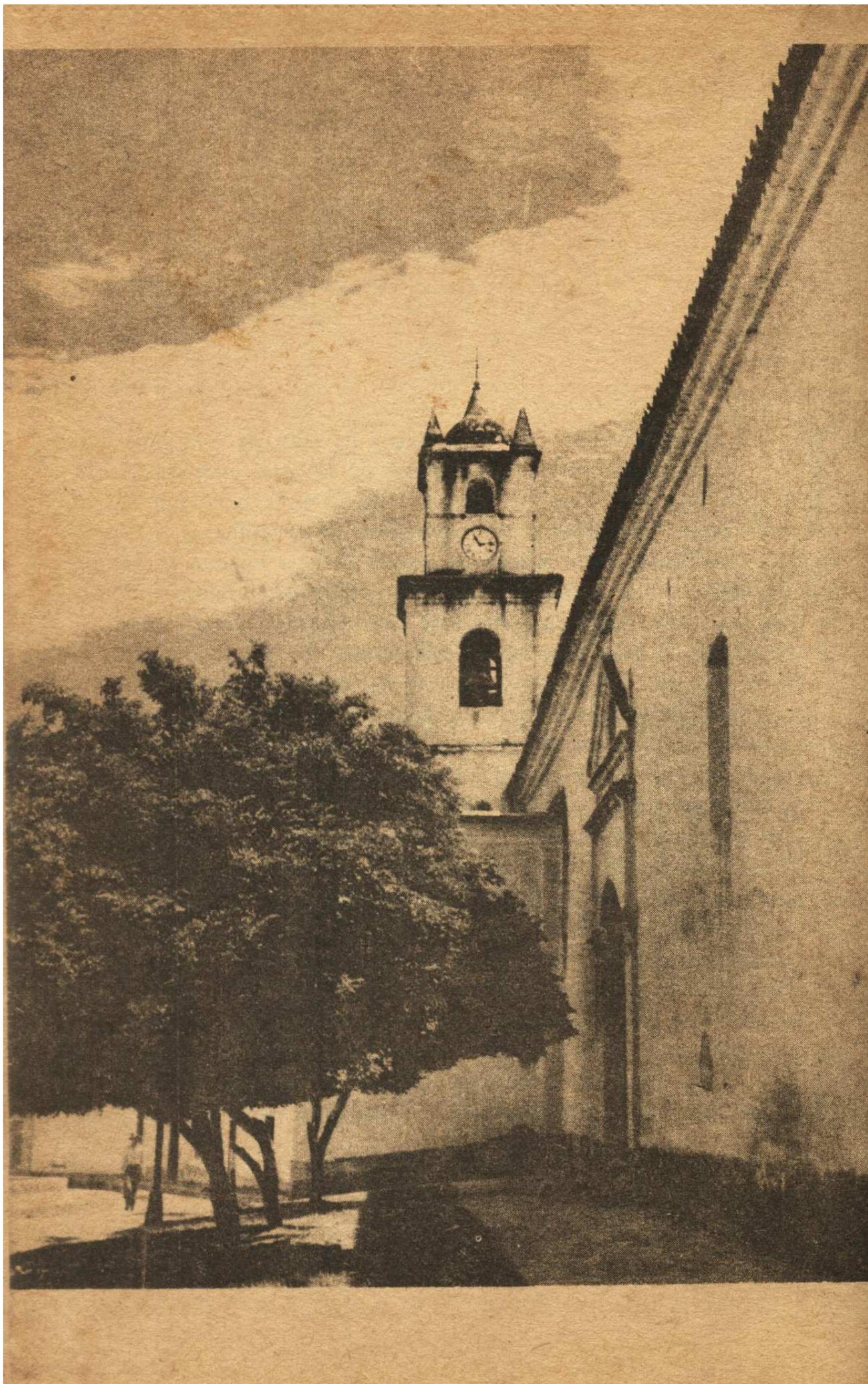




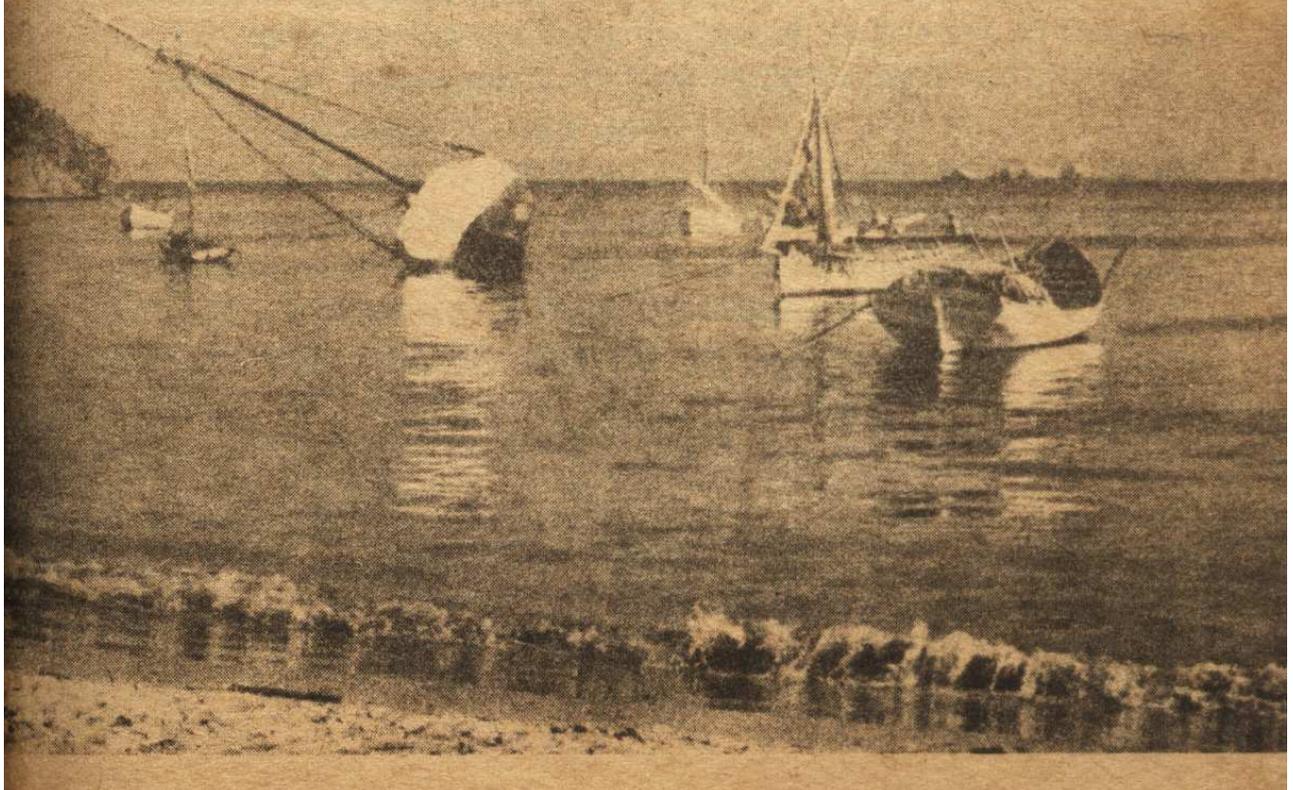
L A M A R G A R I T A

LA piratería imperial de Inglaterra y de Holanda le arrebató al patrimonio venezolano algunas de las islas más valiosas de su mar. Curazao, Aruba y Bonaire se quedaron en manos holandesas y se convirtieron en sanguijuelas de la riqueza venezolana. Y los británicos, contra la letra expresa de un tratado, retuvieron a Trinidad, rica y fértil llave del Orinoco y de la Guayana. Pero, como para resarcirla con generosa mano, el destino le guardó la prodigiosa isla de Margarita.

En lo más azul y límpido del mar Caribe es como el compendio de todo lo mejor y más hermoso de la tierra venezolana. En reducido espacio y con gracia de brevedad suficiente reproduce todos los rasgos del paisaje venezolano. Tiene sus montes empinados y boscosos como aprendices de cordillera, sus valles tendidos de verdes cuadros de labranzas, su llanura anegadiza y el maravilloso desarrollo de su costa, donde el mar ensaya todas las formas que conoce de llegarse a la tierra. Y en su brevedad tiene su gente de tierra adentro y su gente marinera. Sus ciudades internadas de alto valle, como la severa Asunción, que parece tendida boca arriba para no mirar sino el cielo, y sus maravillosas villas de mar, que abren su media luna de techos y de blancos corredores frente a la media luna de espuma del mar sobre la más tibia arena. Tiene su tierra árida de cardonal y chivo, y sus verdes y hondos pastos, sus copudos árboles y la abundancia de frutas que desborda por las cercas y las bardas.



Desde el avión se la mira virar como una gran cesta de flores y de frutas. Tiene todos los verdes y todos los rojos, entre todos los azules del mar. Las torres de las iglesias emergen entre las espesas arboledas, blancas, rosadas, azules. Las dos torres del Santuario de la Virgen del Valle están como tiznadas de azul marino, y entre la verdura algunos tortuosos caminos enrojecen como hilos de corales.



Cada pueblo es distinto. Tiene su fisonomía, su leyenda, su oficio, su tradición. Cada ensenada es diferente. El mar, la tierra y la vegetación se combinan en todas las formas imaginables. Pampatar, que mira a la costa de Paria, no se parece a Juan Griego, que todas las tardes ve ahogarse el sol en el Caribe abierto en la más prodigiosa fiesta de luces y colores que ojos humanos puedan ver. A un lado de Juan Griego se alza la Galera redonda, y al otro azulean las lejanías de Macanao, y por delante, opacas frente al fondo del crepúsculo, flotan las embarcaciones con las velas recogidas. Las piraguas que vienen de los caños del Orinoco, las balandras y los tres puños que vienen de toda la costa, los barcos de los pescadores que se van abandonando al mar para la pesca de la noche. El agua es más tibia que el aire. A un lado desembarcan pescado. Varada junto a un bote en seco, una inmensa tortuga mueve sus aletas con pesadez. Muchos niños saltan entre el agua, haciéndose oscuros con la noche.

En la playa de Pampatar las largas redes de la Mandinga están tendidas a secar sobre la arena blanca. Por alguno de los cerros vecinos debe andar el vigía que avizora el mar para anunciar la presencia de algún banco de peces. Mientras retumbando de casa en casa venga el grito de «a bordo», las embarcaciones están listas con todos sus aparejos sobre la playa. A la sombra de los cobertizos de paja de la ranchería las mujeres cocinan el pescado, y los hombres esperan tendidos en la hamaca o haciendo corro en cuclillas. Se cuentan historias de pesca, aventuras del mar y lances de contrabando. Y algún milagro patente de la Virgen del Valle. Hablan su lengua limpia con un dulce dejo cantado. Al niño a quien le enseñó un alga del mar me dice que se llama limo. Y la mujer que vende sombreros le dice a la clienta: «Señora, esa pava le queda primorosa.» Y algunas cosas las dicen como las decía o las oía Juan de Castellanos. Porque las costumbres han variado poco, y las casas siguen siendo iguales, y los trabajos y las diversiones han cambiado escasamente.

Las casas viven en torno a su patio interior lleno de árboles de sombra y de fruta. La más pequeña brisa se torna rumor de fres-

cura. Los techos de los corredores descansan sobre las más airoas y puras columnas que se hacen en Venezuela. Un fino fuste de ladrillo que remata en un capitel, cuya gracia eficiente viene del orden dórico. Unas columnas erguidas y de majestuosa gracia que tienen una curiosa e íntima semejanza con las erguidas mujeres que llevan como sin esfuerzo sobre la cabeza las colmadas «maras» llenas de frutas y de pescados.

Los pueblos de Margarita están llenos de árboles. No los hay ni más hermosos ni más abundantes en ninguna otra región de Venezuela. Basta recordar los abiertos samanes de la plaza del Valle del Espíritu Santo, los enormes almendrones y los robles de Salamanca. Y la maravillosa plaza que rodea a la solitaria iglesia de Paraguachí. Es un espacio abierto de tierra rodeado a la distancia por incompletas filas de casas de contrastados colores. En el medio se alza la iglesia blanca, verde y rosada, con su parte reciente y su parte en ruinas. La tierra es de diluído almagre; pero sobre ella se alza un cielo de hojas espesas y oscuras de sombra sostenido de trecho en trecho por vastos troncos rugosos. Son gigantescos «camarucos» y gigantes cas ceibas. Poco sol logra pasar por entre sus extensas ramas. Debajo hay una paz que nada puede romper. Recostados en sillas a un tronco, algunos hombres cabecean, otros hacen tertulia, otros duermen la siesta tendidos sobre las lajas de la acera. Tienen la divina gracia del ocio y la gozan. El único ruido, también adormecedor, que viene de lejos, es el eco de una mano de pilón y del canto de la piladora. «En la plaza de tres Cupidos...», dice la canción medida por el golpe de la mano.

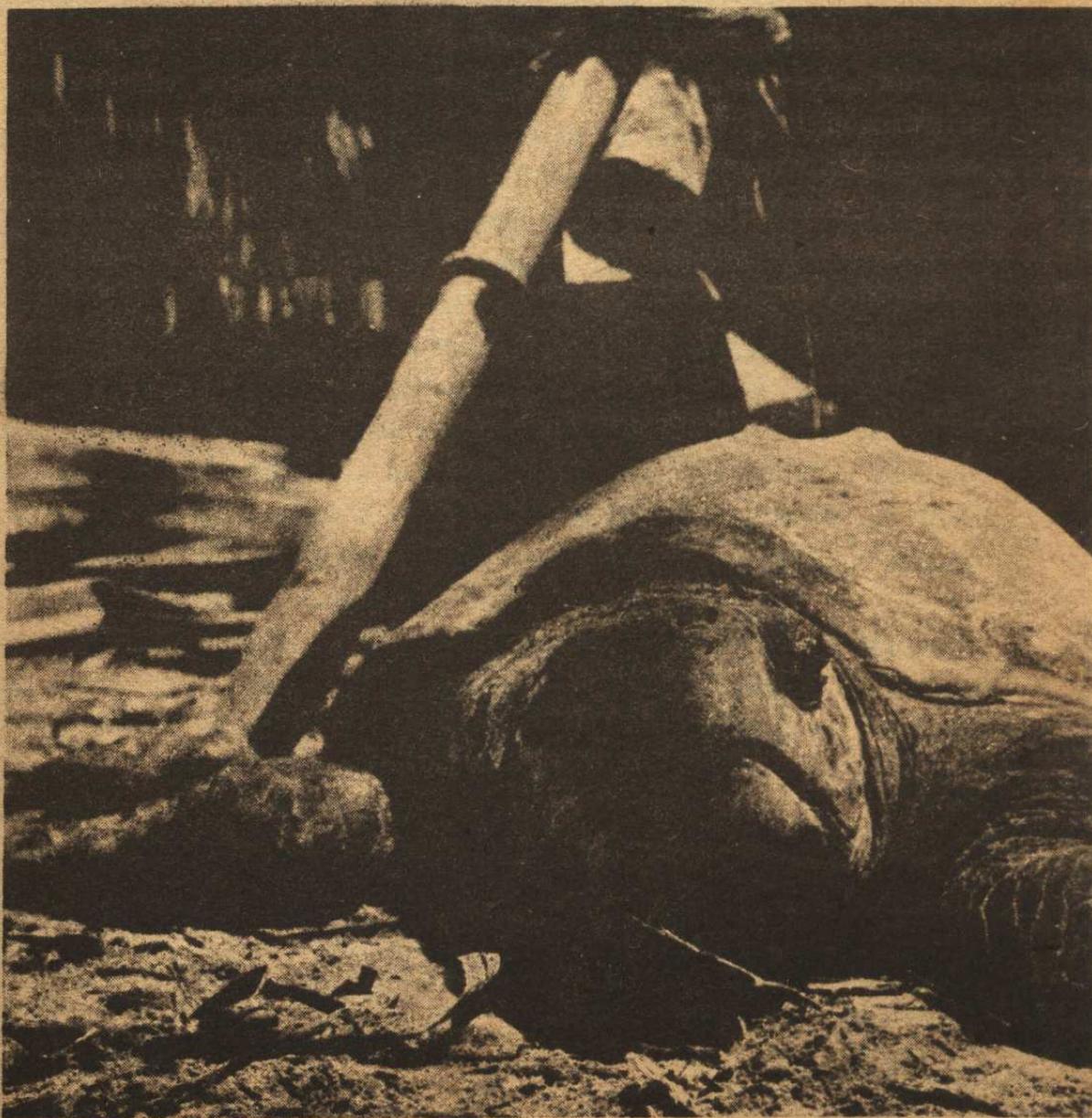
La manía innovadora de los Gobiernos ha querido cambiarle el nombre dulce a Paraguachí por el del prócer Antolín del Campo. Es como una manía de borrar la historia.

También en la nomenclatura oficial llaman Puerto Fermín a lo que nunca ha podido dejar de ser el Puerto del Tirano. Allí está la huella del desembarco de Lope de Aguirre. Allí bajó el vizcaíno a tierra después de la travesía del Amazonas. El poblado se asoma en corro de casas blancas y techos oscuros a la orilla del mar. Hay un



sobrecogido silencio. Al frente, como grandes ballenas, están tendidas las islas de los Frailes. A un lado se alza abrupto y trunco, como con intención de monumento, el cerro de Guayamurí. Si uno le pregunta a la poca gente que anda por la playa, bajo los espesos uveros, al atardecer, cómo se llama el pueblo, dirán que «El Tirano». Y si se les pregunta por qué, dirán que porque allí desembarcó Lope de Aguirre. Y si quieren añadirán que algunas veces por la noche se oye el paso de un caballo por el empedrado, que es la cabalgadura infernal en que el alma en pena del Tirano recorre su puerto de La Margarita.

Porque estos hombres, que están hechos a la medida de la naturaleza, viven también abiertos a lo sobrenatural, y para ellos la historia y el destino no están en libros ni en gacetas, sino en las formas visibles e invisibles del mundo que los rodea y que conocen con total identificación.



DE FUENTIDUEÑO AL TEATRO DE SANTA ANA

A Fuentidueño fuimos como en romería. Allí todo lo más verde de Margarita se arrebuja en ramajes y brisa. De la quebrada surgen como paredes las raíces de la ceiba gigantesca. Todo está lleno de penumbra de hojas y de rumor de agua. El cauce está lleno de inmensos peñascos, entre los cuales el agua hierve o se arremansa. De lado y lado las casas se rezagan, subiendo con fatiga. Algunas no son más grandes que las piedras. Todo está rayado de troncos torcidos de cocoteros.

La gente del lugar se acerca con cara risueña y ademán franco. Oyen hablar y añaden su comentario. Se habla de lluvias, de riegos, de sequías. Ahora todo está verde. Pero cuando vienen las largas sequías las cosas son distintas. «Buen invierno, buen gobierno», dice el viejo campesino sentencioso que abre los cocos. A un lado humea el fuego donde han puesto a asar un chivo. Algunos le añaden *whisky* al agua de coco. Un viejo baldado se acerca y pregunta por el Gobernador: «¿Cuál es el General? ¿Dónde está el General?»

Ya han comenzado los cuentos, los recuerdos, los viejos relatos. Hay alguien de Los Robles. Y hay alguien que comienza a contar en tono zumbón la historia picaresca de Los Robles. Por Los Robles se pása para ir de Porlamar a La Asunción. Es una población pequeña, de viejas casas tranquilas. Las mujeres van a buscar el agua a la fuente de la plaza, que es un pedazo abierto de arboleda que tiene a un lado acurrucada una iglesita color de coral desvaído. La campana tiene un son tan limpio como el aire. Pero los cuentos del burlón ponen a Los Robles en el siglo XVI y en la geografía de la picaresca. Con Alfarache y la ribera del Tormes, con los Percheles de Málaga y el Potro de Córdoba. Con el arenal de Sevilla. Se cuentan renovadas las flores del ingenio de Lázaro. La vida entendida como esgrima del ingenio contra la servidumbre humana. El primero en reír es el de Los Robles. Todos se conocen y todos saben hasta donde llega la exageración.

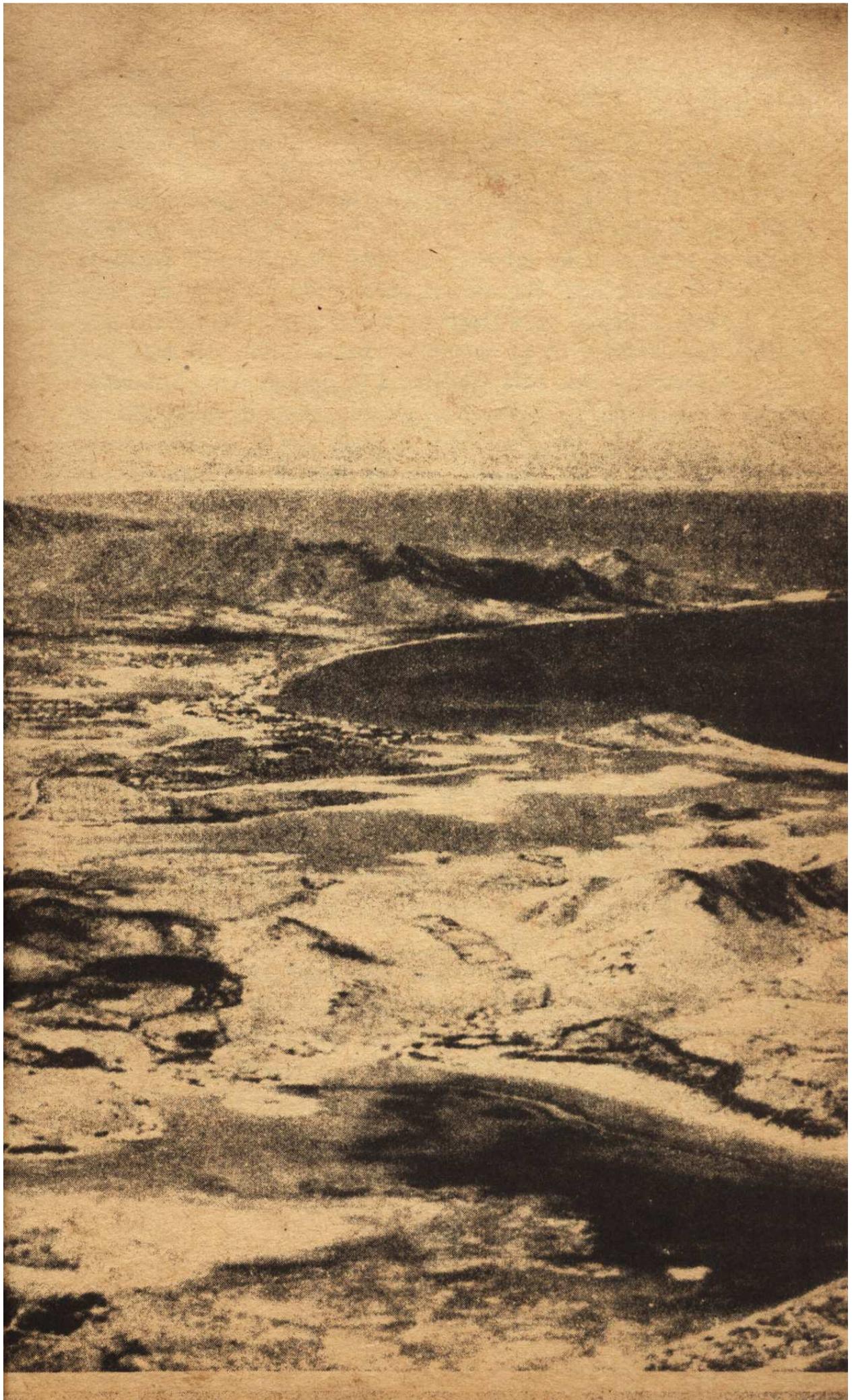


A poco comienzan las historias de contrabandistas. Del Siglo de Oro pasamos al romanticismo. Todo ahora es costa nocturna y piragua sin luces que se desliza hacia la ensenada de donde viene la señal. Alguien cuenta la tensa emoción de la espera. El sabor de riesgo de aquellos momentos que parecen horas. No sienten que haya en ello delito. Es un lance de guerra, de cacería, de riesgosa superioridad de hombre contra hombre. Es empresa para los más audaces, los más astutos, los más serenos. Es una de las supremas emociones que el mar les depara.

Un amigo cuenta recuerdos de su niñez. La noche oscura en la playa de Pedro González. Hay una luz que sale por la puerta de la casa y se proyecta hacia la calle. El contrabandista se acerca y le habla a la madre: «Señora, cierre la puerta un rato.» La madre cierra la puerta y apaga la luz con gesto sereno. Y al niño que interroga extrañado le explica, como sólo lo haría un poeta; «Es un hombre que busca a Dios.»

Sienten que viven con Dios como viven con el mar. Son tan abiertos, acogedores y generosos como sus árboles. En el tesoro de Nuestra Señora del Valle están los testimonios de aquella abierta alma colectiva. Cada exvoto es el supremo mensaje de una vida humana. La existencia de los margariteños, su simple y hermosa historia, está narrada allí en breves mementos. Hay el tiburón de oro y hay infinitas piraguas de oro. Hay revólveres de oro y balas engastadas. Quien los mira con detención llega a sentir como si oyera a media voz cantar la balada de aquellos lances trágicos. Hay unos grillos de oro. Los que el preso le ofreció a su Virgen desde la larga angustia del calabozo. Y la perla en forma de pierna, en forma de brazo, en forma de puñal atravesado en carne, narran los peligros, las esperanzas y las angustias de la gente de la isla. Hay un laborioso ramillete hecho de conchas marinas. Lo ofreció un capitán en la hora más negra del temporal.

Así como viven con Dios y con la Naturaleza, viven con la historia pegada a los tuétanos. Desde lo más sombrío de la plaza de la Asunción se divisa la mole gris del castillo sobre el cerro. Todos



saben lo que significa. Y al otro lado, la columna de Matasiete punza el monte empinado. Entre las arboledas están las cabezas de los héroes. Y por eso dan la sensación de saber lo que Dios pide, lo que la Naturaleza pide, lo que el heroísmo pide.

En la plaza de la Asunción hay un reloj de sol. «Relox Equinoxial», dice la vieja lápida. Así, el tiempo no puede andar más pronto que la sombra de los árboles y la vida del hombre no rompe el ritmo de la Naturaleza. Hay tiempo para hablar y tiempo para dormir la siesta, y tiempo para sentir los aparecidos, y cada día es perfecto en su unidad y en su entereza. Cuando se sale del agua tibia y transparente del mar para tenderse a la sombra fresca del árbol, donde lo único que no es verde es un guayamate de albayalde que descansa del vuelo, uno comprende que allí está el perdido secreto de la vida plena y sin ansiedad que los más de los hombres han perdido para su desgracia.

En Santa Ana, o la Villa del Norte, está la casa del Párroco. Toda azul y rosada, vuelta en corredores hacia un patio arbolado, donde se expande un inmenso cotoperiz. El zaguán está marcado por un dibujo geométrico hecho de piedrecillas de colores. El resto es de ladrillo sombrío, fresco de piel de botija. Todo huele a paz. Enfrente están los árboles del parque y la iglesia azul. Adentro está una tablá del siglo XVIII, con su Papa, su Emperador y su Obispo en el Purgatorio. Un remoto aire de la Danza de la Muerte española que allí se ha sosegado en graciosa estampa de colores. Por la noche, el abierto campanario, que se extiende como estrado, se ilumina. Todas las estrellas vuelan. La Vía Láctea cuelga como un velo de luz. No hay escenógrafo que haya soñado más dramático escenario. Allí podría representarse lo que en parte está en *Fausto*, o en *Don Juan*, o en *Hamlet*.

¿Qué podría representarse en aquel gran teatro de la soledad nocturna y del hombre entregado al tiempo? De allí se verán los patios llenos de árboles soñolientos y alguna luz que se apaga y se enciende por los caminos de la aventura que van y vienen del mar. Y en invisible presencia está representado a toda hora el misterio del hom-

bre y su destino, el misterio del hombre reconciliado con su destino.

Que es lo que uno mira en aquellas caras, tan llenas de serena firmeza, que parecen tener siempre la tierra a la espalda y al frente el mar. Y lo que ha de llevarse todo el que sepa acercarse a la Margarita y recogerse a contemplarla un momento.

LA NOCHE Y EL DÍA

EL encanto maravilloso y complejo de las islas tropicales está como concentrado en Margarita. El encanto hecho de las cosas que están y de las cosas que han estado. Islas de azul delirante, de ocre cálido, de verdes límpidos y tranquilos, donde el aire y el agua tienen tibieza de vida. Y todas ellas arlequinadas de la más apasionada historia. La Tortuga, donde los hermanos de la Costa tenían su cuartel general; las Bermudas, que arrastran su cálido sabor de ron en los versos de Shakespeare; el promontorio de Haití, donde alzó su castillo el rey Cristóbal; la ensenada dormida de la isla desierta, donde Morgan o el Olonés se detuvieron a enterrar los dorados doblones arrebatados a un galeón español.

La gradación de los azules donde Margarita está amarrada es inagotable y prodigiosa. Los montes de la costa lejana de Venezuela se disuelven con las notas más pálidas y bajas del cielo. Sobre la isla, el azul del cielo se oscurece tanto como el del mar. A veces flota en él un fino témpano de luna ya a punto de azulear. El azul del agua es de carne de cobalto que el sol labra en formas inestables.

Desde el límite de la espuma la isla sale del mar suavemente. Se abren los valles verdes y arbolados, los caseríos blancos, los montes rugosos. Lo demás es el reino del viento. El reino donde se une el hombre que se tiende bajo el verde camaruco de la plaza al que navega junto a la vela comba y crujiente.

Todo eso pertenece a la Margarita del día. Un territorio exacto y poblado que limita con el mar y con el cielo y que la luz pa-



tina de matices y relieves como el bronce de una vieja campana.

La Margarita del día tiene sus dos masas de monte que hacen balanza en los extremos del eje labrado como encaje de la Arestinga. Los margariteños del mar y de la tierra, hechos de una misma arcilla elástica, morena y grácil, la pueblan con sus trabajos, sus cantos, su reposar hondo y acechante.

Por el valle de San Juan, por el del Espíritu Santo, aun por las tierras calcinadas de la Villa del Norte, andan los labradores. Los pueblos quedan para las mujeres. A ratos cantan, a ratos pilan, a

ratos se convierten en la viva y armoniosa estatua que lleva el ánfora de la mara sobre la cabeza erguida. Tienen la pisada hecha para asentarse en la más fina y tibia arena y de los ojos les sale sombra de arboleda para la siesta. Dentro de la mara van las más viejas y las más humanas cosas: agua dulce, maíz tierno, carne blanca de los jureles más plateados.

En las rancherías de la ribera están los pescadores tendidos sobre la red del chinchorro junto a la red de pescar. Bajo cobertizos de palma se hilan largos relatos en espera de la llamada que ha de lanzarlos al mar. Todo aquel azul quieto refulge de vida dada y recibida. El banco de peces rueda por sus líquidos ámbitos como una ráfaga de flechas dormidas. Delante asoma el hervor menudo de las sardinas que huyen. Como si fuera parte de su propia sangre sienten la grosura que se hace en el agua y que se acerca espesa de vida. O que se aleja con un silencioso brillo de monedas caídas.

Y sienten también la acuchillada frialdad de los ostrales erizados en las rocas de los fondos. Como si a través del agua remota palparan la callosidad de la perla que se forma. El cuenco de las manos morenas se puede llenar de mínimas lunas limpias y refulgentes. No se necesita de los ojos para conocerles la belleza y la perfección: al tacto se palpa la limpidez del color y de la forma. Al tacto y con los ojos cerrados, como quien se da al sueño y al mar.

El día lo pueblan los hombres y las embarcaciones. En las ensenadas cabecean las goletas, los botes, las balandras, los tres puños. De la borda se lanzan niños desnudos, que vienen a tenderse sobre la arena de la playa. Las velas tendidas se alejan y se disuelven en el azul como terrones de sal.

Las torres de las iglesias marcan la frontera del día con la noche. Los finos cuernos de alce del Santuario de la Virgen del Valle suben como puntas de arpón en busca de la primera estrella. La umbrosa iglesia de la Asunción está echada como un oso manso que busca miel; de la clara iglesia de Santa Ana sale la brisa a sacudir la sombra de las hojas de los árboles. Es la hora de los oficios de víspera. A las puertas de las casas se forman pequeños grupos como



en espera de un espectáculo extraordinario. Es que va a empezar la Margarita de la noche.

La Margarita de la noche se llena de estrellas, de fosforescencias, de reflejos; el rumor del mar se hace más compacto y profundo; los árboles se mueven y cambian de forma; a cada instante, una exhalación raya de fuego el cielo.

Es la hora de una invisible actividad. Una luz se apaga en una ventana. Se oye algo que puede ser como el eco de una voz lejana. Algún bote entra o sale sin luces de un atracadero olvidado. Es la hora del contrabandista. Cualquier brillo de metal en la sombra puede ser la carabina de un celador. Se cuenta entonces la historia del celador que cargaba su arma con sal en lugar de plomo, porque la herida de la sal no se cura y se convierte en llaga perpetua.

Con los contrabandistas vienen los fantasmas. Toda una legión de sombras que vuelve a dar vida al pasado. Colón que pasa en su



barca podrida, divisando la isla con los ojos purulentos de sol y de salitre, para dejarle un nombre de perla o de princesa.

Entre ellos viene un fantasma sereno que trae a muchos otros de la mano: es el maravillado cronista Juan de Castellanos. El conoció a los primeros pobladores: los Riberos, Gómez, Rojas, Villafranca y los cuatro Pedros de sonoro nombre: Pedro Gallo, Pedro Moreno, Pedro Herrero y Pedro de Alegría. Venían soldados y capitanes a descansar de las luchas de Tierra Firme y a gozar de la paz y de la abundancia. Había poetas. Sus versos se han deshecho en el rumor de tantas noches, pero quedan los nombres antiguos y evocadores: Diego de Miranda, Fernando Mateos, Bartolomé Fernández de Virués y aquel Jorge de Herrera que puso el epitafio de Cubagua sobre una columna de la ciudad abandonada.

«A la sombra de la ceiba deleitosa» se cubría la mesa de manjares. Pescados, carnes tiernas y todas las frutas: melones, uvas e higos de España, y la guanábana, la piña, los mameyes, las guayabas y los mamones de las Indias. Junto a las mozas mestizas que servían estaban colgadas las hamacas.

Tras estas sombras risueñas vienen otros fantasmas de sangre y de pavor. Del puerto del Tirano viene en un caballo de tinieblas Lope de Aguirre. Cabalga sin tregua la noche entera. Los gallos cantan asustados al mirarle el resplandor de infierno. Le suenan dados, perlas y dagas. Un frío reguero de almas de asesinados le sigue como una estela. En el viejo yelmo abollado tiene herrumbre de río y herrumbre de mar. De la mano huesuda y peluda parece que le pendiera un rosario, y es la pringosa cuerda de dar garrote.

Tras de Lope de Aguirre vienen los piratas. Muchos son franceses. Traen sus botas de campana y sus grandes chambergos mosqueteros. En grandes lienzos llevan el tesoro de las iglesias y la cosecha de perlas. Dicen fanfarronamente su nombre: es el de algún puerto de la Bretaña o el de alguna gran familia de la Corte. La noche parece llenarse de sus negras banderas.

Otras sombras pueblan la Margarita de la noche. Son las que se asoman a las ruinas de las viejas fortalezas, las que salen de la La-

guna de los Mártires, las que trepan el áspero cerro de Matasiete. Brillan de sangre y de sudor de muerte. Son la innumerable legión de los que batallaron con uñas y dientes y piedras para ganar la independencia. Las bocas de los viejos cañones hundidos entre las hierbas parecen nombrarlos.

En la penumbra azulosa el mar canta y está tibio como un lecho. Va a llegar el alba. La luces de posición de los barcos se quedan cabeceando como las últimas estrellas rezagadas. Voces de maniobra salen de una balandra que levanta las velas. Debajo del mar se abre de nuevo una vida tan mágica como la de la noche. Las torres de las iglesias son también las primeras en entrar en la Margarita del día.

Pero no hay corte. En el día hay hierros de Lope, ojos de abordaje, escotillas de pirata, todas las delicias frutales de Juan de Castellanos, y en la noche entran, como al mar, las gentes y las cosas del día. La noche y el día no hacen sino cambiar el color y la forma de sus prodigios.



